

VIII

LA CADENA

Juan Valjean era el más desgraciado de los dos; porque la juventud, aún en medio de sus pesares, tiene cierta claridad propia.

En ciertos momentos, Juan Valjean padecía tanto, que llegaba á ser pueril, pues es propio del dolor hacer aparecer el lado de niño en el hombre. Conocía de un modo inevitable que Cosette se le escapaba de las manos; hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con alguna cosa exterior y brillante. Estas ideas pueriles, ya lo hemos dicho, y serviles al mismo tiempo, le dieron por su misma puerilidad una noción bastante justa de la influencia de los adornos de pasamanería sobre la imaginación de las jóvenes. Sucedióle una vez que vió pasar por la calle un general á caballo con uniforme de gala, el conde Coustard, comandante general de París, y envidió á aquel hombre cubierto de dorados; pensó en la felicidad que causaría el ponerse aquel traje, y en que seguramente, si Cosette le viese así, se deslumbraría; que cuando le diese el brazo y pasase por delante de la verja de las Tullerías le presentarían las armas, y que esto bastaría á Cosette y le quitaría la idea de mirar á los jóvenes.

Un acontecimiento inesperado vino á mezclarse con estas tristes ideas.

En la vida aislada que llevaban, y desde que habían ido á vivir á la calle Plumet, solían algunas veces ir á ver la salida del sol; placer que conviene á los que entran en la vida y á los que salen de ella.

Pasearse de madrugada para el que ama la soledad, equivale á pasearse de noche con la alegría de la naturaleza; las calles están desiertas, y los pájaros cantan. Cosette, que era pájaro, se despertaba muy temprano. Estas excursiones matinales se preparaban la víspera; él proponía y ella aceptaba. Arreglábase todo como un complot, salían antes del día, y todas estas cosas eran otros tantos placeres para Cosette. Estas extravagancias inocentes agradan á la juventud.

El flaco de Juan Valjean era, como hemos dicho, visitar los sitios poco frecuentados, los rincones solitarios, los lugares de olvido. Había entonces en las cercanías de las barreras de París algunos campos pobres, casi confundidos con la ciudad, donde brotaba en el verano un trigo enano, y que por el otoño, después de hecha la recolección, no tenían aspecto de segados, sino de pelados. Juan Valjean los frecuentaba con predilección y Cosette no lo llevaba á mal; porque esto era la soledad para él y la libertad para ella. Allí se convertía en niña, podía correr y jugar, se quitaba el sombrero, le ponía sobre las rodillas de Juan Valjean y hacía ramilletes: miraba las mariposas sobre las flores, pero no las cogía; la mansedumbre y la ternura nacen con el amor, y la joven que alimenta una idea temblorosa y frágil, tiene lástima de las alas de la mariposa. Tejía guirnaldas de amapolas, se las ponía en la cabeza, y atravesadas y penetradas del sol, purpúreas hasta la radiación, daban á aquel fresco semblante rosado una corona de brasas.

Aún después de haber empezado á dominar la tristeza en sus almas, habían conservado la costumbre de los paseos matutinos.

Una mañana, pues, de octubre, atraídos por la perfecta serenidad del otoño de 1831, habían salido, y estaban al amanecer cerca de la barrera del Maine. No era aún la aurora, era el alba; momento encantador y sombrío: algunas constelaciones esparcidas por el azul pálido y profundo, la tierra toda negra, el cielo todo blanco, las hierbecillas trémulas, en todas partes el misterioso sobrecogimiento del crepúsculo. Una alondra, que parecía mezclarse con las estrellas, cantaba á una altura prodigiosa, y hubiérase dicho que aquel himno de la pequeñez al infinito calmaba la inmensidad. Al Oriente el Val-de-Grâce perfilaba en el horizonte, iluminado con una claridad acerada, su oscura masa; el planeta Venus deslumbrante subía por detrás de esta iglesia, y parecía un alma que sale de un edificio tenebroso.

Todo era paz y silencio; en la calzada no había un alma; á lo lejos se veían confusamente algunos obreros que iban á su trabajo.

Juan Valjean se había sentado en una estrecha calle de árboles, y sobre unos maderos colocados á la puerta de un carpintero. Tenía el rostro vuelto hacia el camino y la espalda al Oriente; se olvidaba del sol que iba á salir; estaba sumergido en una de esas absorciones profundas en que se concentra toda el alma, que aprisionan hasta la mirada y equivalen á cuatro paredes. Hay meditaciones que podrían llamarse verticales, y cuando se ha llegado al fondo, se necesita algún tiempo para subir á la superficie. Juan Valjean había descendido á uno de esos ensueños. Pensaba en Cosette, en su felicidad posible si no se interponía nada entre ambos, en aquella luz con que ella iluminaba su vida y era la respiración de su

alma. Era casi feliz en aquella meditación. Cosette, de pie á su lado, miraba cómo iban tomando las nubes el color de rosa.

De repente exclamó Cosette:—Padre, parece que viene algo por allí.—Juan Valjean alzó los ojos.

Cosette tenía razón.

La calzada que conduce á la antigua barrera del Maine es una prolongación de la calle de Sevres y está cortada en ángulo recto por el boulevard interior. En el mismo ángulo de la calzada y del boulevard, en el sitio en que se verifica la unión de las dos vías, se oía un ruido difícil de explicar á aquella hora, y se distinguía una especie de grupo confuso. Del boulevard salía una cosa informe y entraba en la calzada.

Este grupo iba haciéndose mayor y parecía moverse con orden, y, sin embargo, era una cosa horrible y que estremecía; parecía un carruaje, pero no se podía distinguir la carga. Había caballos, ruedas, gritos; chasqueaba el látigo. Poco á poco fueron marcándose los perfiles, aunque sumergidos aún en las tinieblas. Era un carro, en efecto, que acababa de volver la esquina del boulevard y que se dirigía á la barrera, cerca de la cual estaba Juan Valjean. Otro carro del mismo aspecto seguía al primero; después un tercero, luego un cuarto y así desembocaron sucesivamente hasta siete, de tal modo, que las cabezas de los caballos tocaban siempre la trasera del carro á que seguían. En estas carretas se agitaban algunas sombras; veíanse algunas chispas en el crepúsculo como si brillasen sables desnudos; oíase un sonido férreo como si se movieran cadenas; á medida que aquello avanzaba, crecían las voces; era, en fin, una cosa formidable como las que salen de la caverna de los sueños.

Al aproximarse aquel fenómeno tomó forma y se bosquejó detrás de los árboles con la vaguedad de

una aparición; blanqueó toda aquella masa; el sol, que se elevaba poco á poco, derramaba una luz pálida sobre aquel hormiguero, sepulcral y vivo á un mismo tiempo; las cabezas de las sombras se convirtieron en rostros cadavéricos, y Juan Valjean vió lo siguiente:

Siete carretas marchaban en fila por el camino; las seis primeras tenían una estructura singular; parecían carromatos de toneleros; eran una especie de escaleras de mano puestas sobre dos ruedas y formando unas varas en su extremidad anterior; cada carromato, ó por mejor decir, cada escalera, iba tirada por cuatro caballos uno tras otro. Sobre estas escaleras iban extraños racimos de hombres. Con la escasa luz que había no se les veía, se les adivinaba. Iban veinticuatro en cada carreta, doce á cada lado, recostados unos en otros, de cara á los transeúntes y las piernas en el aire; así caminaban aquellos hombres. Tenían á la espalda una cosa que sonaba; era una cadena: al cuello una cosa que brillaba; era una argolla.

Cada uno tenía su argolla, pero la cadena era de todos; de modo que aquellos veinticuatro hombres, cuando tenían que bajar del carro y andar, estaban encadenados por una especie de unidad inexorable, y serpenteaban por el suelo, con la cadena por vértebra, ni más ni menos que un miriápodo. Delante y detrás de cada carreta iban de pie dos hombres armados de fusiles, teniendo bajo su pie uno de los extremos de la cadena. Las argollas eran cuadradas.

La séptima carreta era un gran furgón con barandillas de estacas, pero sin toldo; tenía cuatro ruedas y seis caballos, y llevaba un ruidoso montón de calderos de hierro, de marmitas de metal, de estufas y de cadenas, y entre ellas algunos hombres atados y echados á lo largo; parecían enfermos.

Aquel furgón descubierto estaba guarnecido de disciplinas viejas, que parecían haber servido para los suplicios antiguos.

Las carretas ocupaban el centro del camino. A ambos lados marchaban, en doble fila, guardias de infame aspecto con tricornios chatos como los soldados del Directorio, sucios, rotos, sórdidos, tapujados con unos uniformes de inválidos y con pantalones de sepulturero, grises y azules por mitad, casi hechos pedazos, con charreteras encarnadas, correas amarillas, machetes, fusiles y varas, especie de soldados galopos. Estos esbirros parecían compuestos de la abyección del mendigo y de la autoridad del verdugo. El que parecía su jefe llevaba en la mano un látigo de postillón. Todos estos pormenores, sombreados por el crepúsculo, se dibujaban cada vez más claramente á medida que el día iba creciendo. A la cabeza y detrás del convoy iban gendarmes á caballo, graves y con sable en mano.

Era tan largo este tren, que en el momento en que la primera carreta llegaba á la barrera, apenas desembocaba la última en el boulevard.

Una multitud, procedente de no sé dónde, y formada en un momento, como sucede en París, se oprimía y miraba desde ambos lados de la calzada. Oíase en las callejuelas próximas gritos de personas que se llamaban y el ruido de los zuecos de los hortelanos que corrían para ver el espectáculo.

Los hombres amontonados en las carretas se dejaban bazuquear en silencio. Estaban lívidos con el frío de la mañana. Todos llevaban pantalones de lienzo y los piés desnudos en zuecos. El resto del traje pertenecía á la moda de la miseria. Sus arrees eran horriblemente heterogéneos; porque no hay nada más fúnebre que el arlequin de los harapos. Sombreros sin copa, casquetes embreados, horribles

gorros de lana, chaquetas negras agujereadas por los codos; algunos llevaban sombreros de mujer, otros un canastillo; veíanse pechos velludos, y al través de las roturas de los vestidos se distinguían pinturas en la carne; templos del amor, corazones con llamas, Cupidos. Descubríanse también herpes y manchas enfermizas. Dos ó tres tenían una cuerda de esparto atada á las traviesas del carro y suspendida por bajo de ellos como un estribo en que sostenían los piés. Uno tenía en la mano y llevaba á la boca y mordía, una cosa que parecía una piedra negra; era que iba comiendo pan. No había allí más que ojos secos, apagados ó luminosos con repugnante fulgor. La escolta juraba y maldecía, los encadenados no chistaban; de tiempo en tiempo oíase el ruido de un varazo en las espaldas ó en la cabeza; algunos de aquellos hombres bostezaban; los harapos eran terribles; colgaban los piés; los hombros oscilaban, las cabezas se chocaban, los hierros crujían, las pupilas radiaban ferozmente, los puños se crispaban ó se abrían inertes como la mano de un muerto; detrás del convoy una multitud de chicos reía á carcajadas.

Aquella fila de carretas, fuera lo que quisiese, era lúgubre. Tal vez al día siguiente, tal vez dentro de una hora podía caer un aguacero, que sería seguido de otro, y después de otro, y se calarían los vestidos rotos, y aquellos hombres, una vez mojados, no se secarían, y, una vez helados, no se calentarían; sus pantalones de lienzo se pegarían á sus huesos con el agua, el agua llenaría sus zapatos, los latigazos no podrían impedir el castañeteo de los dientes, la cadena seguiría uniéndoles por el cuello, sus piés seguirían en el aire; era imposible no temblar viendo á estas criaturas humanas unidas así, y pasivas bajo las frías nubes de otoño, entregadas á la lluvia, al vien-

to, á todas las furias del aire, como los árboles y las piedras.

Las varas no respetaban á los enfermos que yacían atados y sin movimiento en la séptima carreta, y que parecían haber sido echados allí como sacos llenos de miseria.

De repente salió el sol, brilló el inmenso rayo del Oriente y hubiérase dicho que prendía fuego en aquellas cabezas horribles. Desatáronse las lenguas y estalló un incendio de burlas; de juramentos y de canciones. La luz horizontal, extendiéndose á lo ancho, cortó en dos partes toda la fila, iluminando las cabezas y las espaldas y dejando los piés y las ruedas en la obscuridad. Los pensamientos aparecieron en los rostros: aquel momento fué espantoso; se vieron demonios visibles con las máscaras caídas; almas feroces completamente desnudas. Aquella legión iluminada quedó tenebrosa. Algunos más alegres tenían en la boca cañones de pluma, con los que, soplando, arrojaban la miseria á la multitud, prefiriendo á las mujeres; la aurora marcaba con la obscuridad de las sombras aquellos tristes perfiles; no había entre todos aquellos hombres uno sólo que no fuese asqueroso á causa de su miseria; y era aquél un conjunto tan monstruoso, que pudiera decirse que cambiaba la claridad del sol en la luz de un relámpago.

La carreta que abría la marcha había entonado y salmodiaba á voz en grito, con huraña jovialidad, un pot-pourri de Désaugiers, célebre entonces, *La Vestal*; los árboles temblaban lúgubrementemente; en los paseos, algunos ciudadanos escuchaban con rostro de idiota beatitud los atrevidos cantares de aquellos espectros.

En aquel convoy iban mezcladas todas las miserias; como en un caos, allí se veía el ángulo facial de

todos los animales, de los viejos, de los adolescentes; cráneos calvos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones esquivas, risas salvajes, actitudes insensatas, viejos con casquetes, especies de cabezas de jóvenes con tirabuzones en las sienas, rostros de muchachas, y por esto mismo horribles, flacos rostros de esqueletos, á los cuales no faltaba más que la muerte. En la primera carreta iba un negro, que quizá habría sido esclavo, y podría comparar ambas cadenas. El horrible nivel de la bajeza, la deshonra, había pasado por aquellas frentes; en aquel grado de abatimiento, todos sufrían las últimas transformaciones en las últimas profundidades; la ignorancia, convertida en imbecilidad, era lo mismo que la inteligencia convertida en desesperación.

Entre aquellos hombres no había elección posible; todos se presentaban á la vista como lo más escogido del lodo. Era evidente que el ordenador de aquella procesión inmunda no los había clasificado. Aquellos seres habían sido atados y apareados confusamente en el desorden alfabético probablemente, y cargados al acaso en las carretas. Sin embargo, los horrores agrupados concluyen por producir una resultante; toda suma de desgraciados da un total; de cada cadena salía un alma común, y cada carreta tenía su fisonomía. Al lado de la que cantaba había otra que ahullaba; otra tercera mendigaba; había una que rechinaba los dientes; otra que amenazaba á los transeuntes; otra que blasfemaba de Dios; la última callaba como la tumba. Dante hubiera creído ver los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha siniestra de los condenados hacia los suplicios, no en el fulgurante y formidable carro del Apocalipsis, sino, lo que es más sombrío, en la carreta de las gemonías.

Uno de los guardias, que llevaba un gancho al

extremo de la vara, meneaba de cuando en cuando aquel montón de basura humana. Una vieja que había entre el vulgo lo enseñaba con el dedo á un muchachillo de cinco años, y le decía:—¡Aprende, tunante!

Como iban en creciente los cantos y las blasfemias, el que parecía capitán de escolta hizo sonar el látigo, y á esta señal, una serie de horribles varazos que parecía una granizada cayó sobre las siete carretas; muchos dieron un rugido y arrojaron espuma de rabia, lo que redobló la algazara de los pilluelos que habían acudido como nube de moscas sobre aquellas llagas.

La mirada de Juan Valjean se había vuelto espantosa. Sus ojos no eran sino ese vidrio que reemplaza á la mirada en algunos desgraciados, que parece la inconsciencia de la realidad, y en que brilla la reverberación del espanto y de la catástrofe. No miraba un espectáculo; padecía una visión. Quiso levantarse, huir, escapar; pero no pudo mover los piés. Muchas veces las cosas que vemos nos cogen y nos sujetan. Permaneció clavado, petrificado, estúpido, preguntándose, al través de una confusa angustia inexplicable, lo que significaba aquella persecución sepulcral y de dónde salía aquel pandemonium que le perseguía. De pronto se llevó la mano á la frente, movimiento propio cuando se hace repentinamente memoria; se acordó de que aquel era en efecto el itinerario, que aquella vuelta se daba siempre, para evitar el encuentro posible de las personas reales en el camino de Fontainebleau, y que hacía treinta y cinco años había pasado él mismo por aquella barrera.

Cosette no estaba menos asustada, aunque lo estaba de distinto modo. No comprendía nada; le faltaba el aliento; no le parecía posible lo que veía, y, por fin, exclamó:

—¡Padre! ¿Qué es eso que llevan esas carretas?

Juan Valjean respondió:

—Presidarios.

—¿Y á dónde van?

—Al presidio.

En aquel momento sonaron los varazos multiplicados por cien manos; mezcláronse con ellos los sablazos de plano; parecía aquello una rabia de látigos y varas; los presidiarios se encorvaron; de este suplicio resultó una obediencia repugnante y todos se callaron, despidiéndose miradas de lobos encadenados. Cosette temblaba de piés á cabeza.

—Padre,—dijo,—¿son hombres esos?

—Algunas veces,—respondió el miserable.

Era, en efecto, la cadena que salía antes de amanecer de Bicetre y tomaba el camino de Mans, para evitar el de Fontainebleau, donde estaba el rey. Este rodeo hacía durar el viaje tres ó cuatro días más; pero, para evitar á las personas reales la vista del suplicio, bien podía prolongarse.

Juan Valjean volvió á su casa con el corazón oprimido. Estos encuentros son choques y el recuerdo que dejan parece un desquiciamiento.

Por esto Juan Valjean, al volver con Cosette á la calle de Babilonia, no notó que ésta le hizo otras preguntas sobre lo que acababan de ver; tal vez iba demasiado absorto en su abatimiento para oír sus palabras y para contestarlas. Sólo por la noche, cuando Cosette se separó de él para irse á acostar, la oyó que decía á media voz y como hablando consigo misma:—¡Creo que si encontrase en mi camino á uno de esos hombres, moriría de verle cerca, Dios mío!

Pero afortunadamente la casualidad hizo que al día siguiente de aquella mañana tan trágica, y con motivo de una solemnidad oficial, hubiese fiestas en

Paris, revista en el Campo de Marte, justas en el Sena, teatros en los Campos Eliseos, fuegos artificiales en la Estrella é iluminaciones en todas partes. Juan Valjean, violentando su costumbre, llevó á Cosette á estas funciones, á fin de distraerla del recuerdo de la víspera y de borrar con el alegre tumulto de Paris aquella cosa abominable que había pasado por ante sus ojos. La revista con que se solemnizaba la fiesta hacía muy natural la circulación de uniformes; Juan Valjean se puso el de guardia nacional, con el vago sentimiento interior de un hombre que se oculta. Por lo demás, pareció que había conseguido el objeto que se proponía en el paseo. Cosette, que miraba como una obligación el agradar á su padre, y para lo cual era nuevo cualquier espectáculo, aceptó la distracción con la buena gracia, fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo ni un gesto desdenoso ante esa gamella de alegría que se llama una fiesta pública; de modo que Juan Valjean pudo creer que había conseguido borrar todo rastro de la repugnante visión.

Algunos días después, una mañana en que hacía hermoso sol, estaban ambos en la escalerilla del jardín, otra infracción de las reglas que parecía haberse impuesto Juan Valjean y de la costumbre que Cosette había adquirido de permanecer en su cuarto: estaba la joven en peinador, de pie, con ese traje negligente de la mañana que envuelve adorablemente á las jóvenes y que parece una nube sobre un astro; con la cabeza al sol, sonrosada á causa de haber dormido bien, observada con ternura por su padre conmovido, mientras ella deshojaba una margarita. Cosette ignoraba la seductora leyenda: «Te amo, un poco, apasionadamente, etc.» ¿Quién se la habría de haber enseñado? Daba vueltas á aquella flor, instintiva é inocentemente, sin sospechar que deshojar una

margarita es deshojar un corazón. Si hubiese una cuarta gracia llamada Melancolía, sonriéndose, Cosette se habría parecido á esta gracia.

Juan Valjean estaba fascinado contemplando aquellos deditos en la flor, olvidándolo todo en la radiación que despedían. Un petirrojo piaba entre las ramas allí cerca: nubes blancas cruzaban el cielo tan alegremente, que parecía que acababan de ser puestas en libertad. Cosette seguía deshojando su flor atentamente; pero en aquel momento seductor volvió de repente la cabeza con la delicada lentitud del cisne y dijo á Juan Valjean:

—Padre, ¿qué es el presidio?

LIBRO CUARTO

SOCORROS DE ABAJO, QUE PUEDEN SER
SOCORROS DE ARRIBA